



palabra de juventud y palabra de poeta

Archivo Patrimonial
VRC



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE



EDICIONES NUEVA UNIVERSIDAD

Archivo Patrimonial
VRC



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

Archivo Patrimonial
VRC



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE



C. Miguel Ángel Solar Silva, 1969
Inscripción N° 36967

Editado por el Departamento Editorial de la
Vicerrectoría de la Universidad Católica de
Chile.

Cubierta de M. Eliasa Schwarzenberg,
Escuela de Arte, Universidad Católica

Impreso en la Escuela de Ingeniería de la
Universidad Católica

Palabra de juventud y palabra de poeta

Archivo Patrimonial
VRC



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

NOTA DE EDITORES

El 31 de agosto la Universidad Católica de Chile otorgó al poeta Pablo Neruda su máxima distinción: Doctor Scientiae et Honoris Causa.

Un entusiasmo público colmó el gimnasio de la Universidad para tributar al poeta su emocionado saludo. Ediciones Nueva Universidad ha creído necesario no olvidar aquella tarde y presenta, en esta publicación, lo que allí dijeron la JUVENTUD y el POETA.

Ediciones Nueva Universidad

PALABRA DE
JUVENTUD

DISCURSO PRONUNCIADO
POR M. ANGEL SOLAR S.

Archivo Patrimonial
VRC



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

Ocasión del Encuentro Hace casi dos meses, un grupo de estudiantes presentó al Consejo Superior la iniciativa para nombrar a Pablo Neruda Doctor Scientiæ et Honoris Causa, reconociendo en esta forma la dignidad de su causa. Hoy un estudiante ha recibido el encargo de hablarle al poeta que en esta ocasión se incorpora a nuestra comunidad universitaria, a nuestra causa.

Podríamos reducir estas palabras a exaltar al honrado. Nos ha parecido innecesario. Vale por sus hechos y por su nombre. En cambio, deseamos esta tarde convertir este acto en un encuentro que rompa toda barrera y permita compartírnos.

Es el encuentro de un hombre de sesenta y cinco años, quereñero triunfante del amor y testigo de su patria durante medio siglo, y una juventud que recién se asoma. No es una palabra indivi-

dual; ha nacido de una generación de jóvenes que han luchado en esta Universidad en estos años, y ella es el sedimento de muchas batallas por lograr ser verdaderamente jóvenes y, mañana, verdaderamente hombres.

Para ti, Neruda, nuestra palabra descarnada, sin adites ni máscaras: cara al sol para proclamar nuestras claridades. Para ti, poeta, nuestra palabra extrema en este tiempo quejumbroso.

Tiempo Quejumbroso Un ánimo somnoliento invade hoy el alma y el espacio del chileno. Una larga queja ha cogido la vitalidad y el paisaje de nuestra tierra. Algunos se quejan que el pueblo es flojo y que el desorden impera; otros, que la revolución no se hace y las promesas no se cumplen, que somos pobres, que somos sometidos, que llueve mucho, que no cae agua, que nos explotan y nos dominan, que hemos perdido el optimismo y la fe. Un tiempo de permanente y cotidiana frustración, de dolor infecundo nos circunda; un tiempo de ilusiones rotas, en que mucho aborta, nada se completa; los propósitos no se cumplen, las esperanzas se deshacen, el futuro no llega y los mitos obsoletos del pasado resucitan como pobre respuesta a los anhelos. El conformismo y el escepticismo adquieren legítima presencia.

Un tiempo sin fervor, es tiempo burocrático y rutinario impera; un tiempo en que la melodía pegajosa de "morir un poco" impregna nuestra sensibilidad y se identifica con nuestra vitalidad, dejándonos lícidos.

Un tiempo achacososo en un país joven, que se conforma mirando embobado cómo otros llegan a la luna, cómo otros hacen su revolución. Un tiempo en que vivimos presididos de lo ajeno.

Un tiempo en que la vida está en retirada, a la defensiva.

Juventud: un Chiapaneco de Vida En medio de esta quejumbro

colectivo, un chiapaneco, reducido pero intenso, ilumina el panorama sombrío. Es alguien que se rebela, es alguien que dice, "No estoy satisfecho": es la juventud que toma la ofensiva de la vida. Y el alma colectiva dirige sus ojos, -- esperanzados algunos, temerosos otros --, hacia ese fulgor de vida al cien por ciento. Y en esta patria joven ayer sólo fundada, territorio aún verde, una juventud universitaria, que tiene la edad de la patria, dice no, dice que el camino que se le ofrece en la Universidad no la conduce a la alegría sino al varfo, y a la complicidad con lo malo. Y esta juventud toma, físicamente, en sus manos

sus lugares de trabajo, sus universidades, y en gesto vivo promete comenzar a romper allí el ciclo de la frustración y la desesperanza, y abrir una veta ancha para lo nuevo. La Reforma Universitaria se desencadena bajo un mandato irrevocable: conquistarla para el pueblo, colocarla al servicio de los profundos intereses de los trabajadores. Y el joven sale a la calle, proclama sus verdades, llena las páginas de los diarios, salta al primer plano.

El Mito de la Juventud Pero el ciclo de la frustración y la desesperanza toma nuevas medidas para atajar el fermento de rebeldía de la juventud y la pone de nuevo -- la aplaude, la estima, la adula y, finalmente, la afaña. Tú transformarás el mundo, le dicen; tú eres el nuevo poder, tú eres generoso, tú eres alegre, tú eres libre. Viva nuestra juventud, divino tesoro. Los responsables del ciclo han cumplido su tarea, han creado el mito de la juventud para aprisionarla y neutralizarla en forma que el divino tesoro se vaya para no volver. La juventud que se deje reducir por el mito engañador se entregará a las falsas salidas, a las fugas para eludir la dificultad de ser jóvenes y transformarse en hombres.

Las Falsas Salidas del Joven Algunos, ante la resistencia que

ofrecen aquellos que no son jóvenes, se aislarán depositando toda su fe en la juventud; creerán que en ella reside toda la renovación, que allí está el nuevo poder: el poder joven. Se olvidarán que el joven en este hoy, es sólo el joven estudiante; que el joven obrero, campesino o empleado no ha tenido bastante tiempo para serlo y, a temprana edad, debió ser obrero o campesino y nunca joven. Cuando los que por aquí se fugan de sí mismos abandonen la Universidad, vivirán tratando de regresar a un pasado que se fue, será Arnaldo, el estudiante ya viejo de la obra de teatro "Nos Tomamos la Universidad", que vuelve a ella por haber fracasado como hombre.

Otros, ante la impotencia de construir lo nuevo que proclaman y construirse de nuevo como aspiran, optarán por la tentación iconoclasta y exaltarán como máximo valor la destrucción de todo; terminarán, finalmente, sin destruir nada, sólo destruyendo lo único que tienen: la posibilidad de hacer algo nuevo. Son aquellos tentados por copiar, aquí en Chile, lo que los jóvenes franceses hicieron en París. Seguirán imitando. Y, finalmente, habrá muchos que ante su persistente soledad, se fugarán, encontrando como único lugar del amor y de la solidaridad, el erotismo -- las relaciones entre el hombre y la mujer. Creerán que sólo allí es posible verter

toda la generosidad, todo el anhelo de amor, transformando esa relación en refugio ante un mundo hostil e inhumano. Lo erótico como refugio alberga hoy a una inmensa parte de la juventud que incluso se organiza para rendir culto a Adamos y Rapsaricos, mensajeros de la decadencia de Occidente. Ideólogos de este veneno del verdadero amor. Los que por allí se evadan tampoco encontrarán respuesta verdadera, porque aislar la relación entre un hombre y una mujer del resto de los hombres es acabar con el amor. El amor es indivisible y el beso y la caricia son verdaderos si son gestos injertados en la ancha solidaridad, en la generosidad estensa de los hombres. Hay verdad en aquella de que para saber hacer la revolución, hay que saber hacer el amor, y que para saber hacer el amor hay que saber hacer la revolución. Los que escapan terminarán en una relación vacía; sólo habrán conquistado una soledad para dos.

Juventud Vencida Una vez cumplido su papel las falsas salidas, el joven se enfrentará a su adaltes vacío, sin armas nuevas y seguirá el camino establecido, yendo a engrosar las filas de los escépticos, de los realistas, de los tecnócratas. Será un vencido, con muchas disculpas, pero un derrotado por lo viejo que en él habla y que no fue capaz de morir.

Difícil tarea ser jóvenes. Promesas hoy, y mañana una más de las no cumplidas, un eslabón más del ciclo de morir un poco. Jóvenes que ahora prometen transformar el mundo y mañana son comparas de lo viejo y rutinario. Y entonces la juventud no fue puente para nada, sólo una dolorosa anécdota, cubierta por frases de recuerdos de "cuando éramos jóvenes", de "los 25 abriles que no volverán", y el dicho popular habrá probado su trágica validez: "Amores de estudiantes, flores de un día". Y nuestro pueblo seguirá su camino adormecido y, al llegar la hora de su despertar, no estará presente una de sus promesas. Y será doloroso, porque un átomo del pecho de la patria no vino al combate. No será la primera vez, -- ya hubo en Chile una juventud, allí por los años 20, que prometió "ir más allá del horizonte de remonta la verdad y en desamado de mujer encontrar la realidad...". -- y no fue.

El Joven se mira en el Silencio Pero el joven puede todo y hoy puede eludir la trampa traicionera de los mitos y las falsas salidas. Puede, si se recoge en el silencio. Allí, en su silencio, el joven siente que el mito miente. Percibe que ser joven es un momento de ruptura interior y de quiebre con el exterior; que su seguro mundo familiar y escolar cumplió su cometido y lo

lanzó a la amplitud del mundo; que hoy requiere nuevos compañeros y nuevos hermanos, nuevos padres y muchos más que antes; y no sabe cómo buscarlos; que los sólidos cánones de la infancia se han hecho polvo al llegar a la adolescencia y es preciso construir nuevos que ordenen su obediencia. Y la incertidumbre lo coge al enfrentarse a muchos testigos contradictorios que le ofrecen diversas leyes. Ahí, en el silencio, el joven vive la fragilidad de su ser. Siente que puede ser generoso si derrota su permanente soledad; que puede ser alegre si asume sus dolores; pero que hoy siempre está triste.

Juventud. Tiempo de Sueños

En la conciencia de su fragilidad algo aparece valeroso y consistente, algo despreciado por muchos; son sus sueños. En un comienzo tímidos e irreales, pero en el ejercicio permanente irán adquiriendo solidez y realidad. Y al compartirlos los irá enriqueciendo y se sentirá partícipe de un sueño común que atraviesa las barreras de la individualidad y de la sola juventud. Sus sueños serán plenamente maduros al incorporarse al sueño colectivo, a los profundos anhelos de todos los hombres, al sueño del pueblo de un mundo mejor, de un tiempo nuevo.

Un tiempo en que el viejo vino de la patria sirva para darle sabor al camino y coronar la alegría.

y no para castigar al pueblo revolcándolo en su desgracia. Un tiempo de mujeres generosas como el pan, que no teman tener hijos para poblar la patria desierta, porque habrá trigo y leche para que se mueran cada año treinta veces mil niños de hambre y mugre. Un tiempo en que los hombres se entusiasmen por conquistar las riquezas del mar, y cada refugio de la costa sea un puerto; por obtener el metal y cada chileno reconquiste plenamente para su patria el cobre y el hierro; por cultivar la tierra y para que el hijo del campesino que arrancó a la ciudad y formó la callampa, vuelva a su tierra natal a obtener el trigo y el vino. Un tiempo en que los hombres estén ansiosos por fabricar los utensilios y las armas, generar la luz, trabajar los metales, abrir los caminos, construir hogares, armar aviones y echar a volar. Un tiempo verde, en que cada niño chileno aprenda de memoria al menos un poema de Neruda.

Un tiempo en que valga la pena hacer cosas, apretarse el cinturón, vivir estrecho, reducir los sueños, no tener auto, porque se estará construyendo toda la patria para todos los chilenos. Un tiempo sin presidentes quejumbrosos porque no los dejaremos hacer, pero sí de gobernantes y capitanes duros e incansables para imponer la disciplina de la solidaridad, porque serán depositarios de la autoridad del

pueblo.

Un tiempo al rojo, sin Raphaelles, sin Mercurios, en que los hijos de Violeta canten la alegría de su patria y los discípulos del fraile Camilo difundan la voz verdadera. Un tiempo en que se ruegue a la Virgen aquello que se exigen los hombres. Un tiempo americano de promesas cumplidas y sueños realizados.

Juventud, Tiempo de Dolores Pero hoy la juventud siente que sus maduros sueños, sueños son. Y el joven sufre el dolor de no ser, de sólo soñar; sufre su estado de soledad y su incapacidad para ser generoso y solidario; sufre la incertidumbre, la ausencia de salgores persistentes; sufre la muerte de su infancia; sufre su miseria personal y las mil tentativas abortadas. Es falso que la juventud sea llena de risas, en ella hay mucho de llanto.

Y en el ayer, sólo nos educaron para aliviar el dolor, sólo nos entregaron normas para escapar al sufrir. Este tiempo quejumbroso y frustrado está lleno de amalgámas y tranquilizantes; Mejóralos para los pobres, Vallum para los ricos, maribunas para los jóvenes. Esta época se ha negado a vivir el dolor, olvidando su valor. Un tiempo eminentemente doloroso como el nuestro, como el de toda América Latina, ha huido del dolor y al hacerlo ha huido de

af mismo. Ha olvidado la virtud depuradora del dolor que, como ácido vertido sobre el metal, corroe todo lo carcomido, reduce a polvo todo lo inútil. La mujer ha olvidado que su fruto pasa por el dolor de la defloración y del parto, y que el amor a un hombre se alimenta de mucho sufrimiento. El hombre ha olvidado que, en la historia, lo nuevo nace de la muerte de lo viejo; que para resucitar hay que morir.

Nadie nos ha mostrado la moral del dolor, la ascética de la violencia y de la muerte, y hemos aprendido a conquistarla solos. En la medida que seamos capaces de asumir nuestros dolores sin concesiones de hacernos violencia interior, seremos capaces de liquidar todo lo inconsistente de la condición de la juventud y avanzaremos un paso en la búsqueda del hombre nuevo.

Juventud: Tiempo de usar las Manos Se es verdaderamente joven si se viven todos los sueños. Habrá posibilidad de hacerlos realidad, si se asumen todos los dolores. Pero con eso no basta. No es suficiente reducir este tiempo a un puro proceso interior y subjetivo, no bastan los sueños maduros y los dolores fecundos. Es necesario ir más allá, salir de af mismo, traspasar la barrera de la piel y, para ello, el día que nos concedió la vida, nos regaló las manos.

Las manos para salir de nosotros mismos y tocarlo todo. Tocar nuestro cuerpo y nuestra cara, y saber cómo somos; tocar a nuestra madre y su ternura; tocar al padre y su fortaleza; tocar los hermanos y su compañía; tocar la tierra; tocar la madera, las raíces, las piedras y el agua; tocar la cordillera y el mar. Tocar la mujer que se quiere y el mañana fecundo. Son las manos de mujer las que preparan los alimentos y las que generosamente acogen a es hombre para regalarle sus caricias y comunicarle su paciencia.

Con estas manos, torpes e hábiles, salimos del yo y palpamos el territorio: Santiago del Nuevo Extremo; Chile, nuestra provincia; América Latina, la Patria Grande. Es en esta tierra donde tenemos nuestras raíces. Es en ella donde debemos crecer.

Aquí, en esta Universidad, con las manos adquirimos un oficio para transformar lo que tenemos: sí, la tierra, campesinos; sí, el mineral, mineros e ingenieros; sí, el cadáver, médicos o enfermeras; sí, la ciudad, arquitectos; sí, las leyes, juristas. Y así cada uno con su oficio, pero todos trabajando, transformando la ciudad del hombre.

No tenemos los jóvenes la disciplina del trabajo cotidiano y sistemático; olvidamos que para hacer realidad nuestros anhelos, es necesario aplicarse a la práctica concreta, al trabajo paciente. Los

universitarios se olvidan que los hombres son lo que hacen, no lo que piensan; que hacer es la única norma de ser más; que la última medida de la vida son los frutos que producea y hoy, con razón, algunos nos dicen: "Te creé, si haces aquello que te propones".

Pero no basta practicar sólo el oficio particular. Hay un quehacer que es propio de todos los hombres en diversas medidas: es el trabajo de transformar la realidad colectiva, la organización de los hombres en comunidad, de ordenar de una manera nueva la totalidad de la polis, -- es el trabajo político. Hoy, los guardianes de la cadena de morir un poco, los que mantienen el orden actual, los que hacen política vieja, han prostituido la palabra política y tratan de convencernos que sería nefasto que el joven adquiriera conciencia de su compromiso con el hacer sobre el todo social, que adquiriese conciencia política y realizase su práctica. Los jóvenes sabemos que los sueños serán realidad si usamos las manos para quebrar los eslabones de la cadena y tejer los lazos nuevos a la medida de nuestro pueblo.

Que nuestras manos se gasten en el trabajo, en el hacer agotador, como las manos callosas del proletario, vivo testimonio de

que no se queda en sus sueños, ni se afaña en sus dolores, sino que usa sus manos para transformar lo que toca.

Juventud: Tiempo de Libertad El joven que no rechaza sus sueños sino que los madura; que no rechaza su dolor, sino que lo asuma; que no se ensimismase en su yo, sino que utilice sus manos para trabajar, ese joven será apto para el ejercicio de la libertad. El mito de la juventud nos trata de convencer que somos libres a través de la falacia de la ideología individualista que centra toda la libertad en la permanente posibilidad de elegir, en el poder hacer lo que se quiera. Digámoslo de una vez: es cierto que tenemos amplitud donde escoger, pero la libertad sólo existe cuando esa posibilidad se usa, cuando se elige, cuando sometemos la vitalidad a un llamado, a un designio, a un Señor. Y se es más libre mientras mayor sea el Señor, que enseñoreándose sobre nuestras vidas, nos haga crecer. Para algunos el Señor será el dinero; para otros, el prestigio o el poder; para los soberbios, el Señor serán ellos mismos. Para los hombres justos de todas las épocas, el Señor son los otros hombres, es el prójimo, es el necesitado, el hambriento, el enfermo, el explotado. El Señor de la historia -- el mayor -- es el pueblo que dolorosamente trabaja transformando la tierra, construyendo el reino del hombre,

la ciudad de Dios. Hoy se llama campesino, artesano, empleado, trabajador, proletario, mujer del pueblo.

Todos los que obstruyen la construcción de una tierra nueva están en contra del pueblo, son enemigos de él y están condenados, tarde o temprano, a desaparecer. La juventud de hoy será libre si somete conscientemente su vitalidad al territorio y al pueblo que la vieron nacer, si participa de los mismos sueños, sufre solitarios dolores y trabaja por renovar la ciudad del hombre a través de su oficio y de la participación en la lucha por alterar el dominio y desatar las energías retenidas.

Profesión de Fe ¿Será todo esto posible?
Siempre ha sido posible.

en todos los tiempos y en todos los continentes. Y hoy la América Latina comienza a vivir la víspera de este tiempo nuevo. Una isla verde y solitaria da testimonio de ello. Allí, lo que Martí prometió el pueblo de Cuba lo está cumpliendo, y su juventud llegó al combate.

Podremos nosotros participar en el tiempo nuevo y acelerar su venida? Sí podremos, si quebramos el sino trágico de la juventud

y lo transformamos en un tiempo apto para generar hombres nuevos, en que la chispa de la rebeldía juvenil se aplique sobre el carbón y prenda un fuego que temple nuestra obediencia bajo condiciones de hierro.

PALABRA DE POETA

DISCURSO DE AGRADECIMIENTO DEL POETA
PABLO NERUDA POR
LA DISTINCIÓN OTORGADA POR LA UNIVERSIDAD CATÓLICA

Archivo Patrimonial
VRC



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

Aquella Universidad a la que me invitaban era una de las más antiguas del mundo; y casi me desplomé de susto al atravesar los portales de vieja piedra cenicienta que habían cruzado, antes que yo, presencias inmortales. Entramos por corredores sombríos; seguimos por salas de ventanas góticas, por lo que la luz del norte de Europa entraba apagadamente, como si hubiera aprendido ya una antigua lección de sabiduría. Pero aún aumentó mi miedo, cuando me llevaron a una pequeña habitación en que entraban y salían los doctores, los maestros con sus togas negras y, sobre una mesa, vi una toga de color escarlata. Pensé, dentro de mi cobardía, que aquella sería, tal vez, la del Gran Provisor, la del Gran Cardenal, que me irían a introducir en aquella misteriosa ceremonia; pero, de pronto, entraron dos alabarderos vestidos de negro y con mazas de plata, que me revisaron la tremenda túnica escarlata y me empujaron por un corredor en donde cuarenta silenciosas personas estaban sentadas delante de lo que me pareció un tribunal. Cuando avanzamos, y a mí me temblaban ya las piernas, debajo

de aquella capa de color hermelín, ellos dejaron caer, los alabarderos, las masas y una voz de otro hombre, vestido de rojo, preguntó:

-- ¿Quién es éste que avanza?

-- Se llama Pablo Neruda.

-- ¿Qué méritos tiene?

-- Viene de lejos, de la Araucanía,
y ha escrito muchos poemas de amor
y otras cosas más...

Que pase!, dijo el hombre, y los alabarderos me empujaron hacia donde en aquella vieja universidad, con plena pompa y ceremonia, me revistieron también con un Doctorado Honoris Causa.

Y no quiero decir por presunción, ni remotamente, que pudiera yo menospreciar tales espléndidos honores. Y de ninguna manera es desequilibrar en nuestra mente, el concepto que podemos tener de la sabiduría antigua de remotas lagunas. Pero qué decir en agradecimiento a tan emocionante acogida y a esta gran distinción, sino decir que comprendo que allí había pasado el tiempo y muchas cosas antes de que yo, un bárbaro de América, llegara a tener tales títulos; pero que

aquí, también, han pasado muchas batallas para que muchos prejuicios, muchos, muchos prejuicios malos terminaran en esta reunión emocionante en que he oído las palabras cristianas y revolucionarias de Miguel Angel Solar, las palabras tan nobles y elevadas del señor Rector y decirles que, con todo el orgullo que pude tener entonces, es mucha más mi emoción de ahora al verme rodeado de tan jóvenes y valerosos corazones de mis propios compatriotas. Es eso lo que tenía que decir.

(Aplausos)

Prometí hace pocas semanas, aquí, un recital de mi poesía de amor. Y lo voy a cumplir. Pero, un poco contestando a Miguel Angel Solar con un poema, en que le contestaba muchos años antes de que él hubiera hablado, voy a leer éste que se llama "El Pueblo":

De aquel hombre me acuerdo y no han pasado
sino dos siglos desde que lo vi,
no anduvo ni a caballo ni en carrozas:
a puro pie
desfizo
las distancias
y no llevaba espada ni armadura,
sino redes al hombro,
hacha o martillo o pala,
nunca apaló a ninguno de su especie:
su hacha fue contra el agua o la tierra,
contra el trigo para que hubiera pan,
contra el árbol gigante para que diera leña,
contra los muros para abrir las puertas,
contra la arena construyendo muros
y contra el mar para hacerlo parir.

Lo conocí y aún no se me borra.

Cayeron en pedazos las carrozas,
la guerra destruyó puertas y muros,
la ciudad fue un puñado de cenizas,
se hicieron polvo todas las vestidas,
y él para mí subsiste,
sobrevive en la arena,
cuando antes parecía
todo emborrable menos él.

En el ir y venir de las familias
a veces fue mi padre o mi pariente
o apenas si era él o si no era
tal vez aquél que me volví a su casa
porque el agua o la tierra lo tragarón
o lo mató una máquina o un árbol
o fue aquel calutado carpintero
que iba detrás del ataúd, sin lágrimas,
alguien en fin que no tenía nombre,
que se llamaba metal o madera,
y a quien miraron otros desde arriba
sin ver la hormiga
sino el hormiguero
y cuando sus pies no se movían,
porque el pobre cansado había muerto,
no vieron nunca que no lo veían:
había ya otras pies en donde estuvo.

Los otros pies eran él mismo,
también las otras manos,
el hombre sucedía:
cuando ya parecía transcurrido
era el mismo de nuevo,
allí estaba otra vez cavando tierra,
cortando tela, pero sin camisa,
allí estaba y no estaba, como entonces,
se había ido y estaba de nuevo,
y como nunca tuvo cementerio,
ni tumba, ni su nombre fue grabado
sobre la piedra que cortó sudando.

nunca sabía nadie que llegaba
y nadie supo cuando se moría,
así es que sólo cuando el pobre pudo
resucitó otra vez sin ser notado.

Era el hombre sin duda, sin herencia,
sin vaca, sin bandera,
y no se distinguía entre los otros,
los otros que eran él,
desde arriba era gris como el subuelo,
como el cuero era pardo,
era amarillo cosechando trigo,
era negro debajo de la mina,
era color de piedra en el castillo,
en el barco pesquero era color de atún
y color de caballo en la pradera:
cómo podía nadie distinguirlo
si era el inseparable, el elemento,
tierra, carbón o mar vestido de hombre?

Donde vivió crecía :
cuanto el hombre tocaba:
la piedra hostil,
quebrada
por sus manos,
se convertía en orden
y una a una formaron
la recta claridad del edificio,
hizo el pan con sus manos,
movilizó los trenes.

se poblaron de pueblos las distancias,
otros hombres crecieron,
llegaron las abejas,
y porque el hombre crea y multiplica
la primavera caminó al mercado
entre panaderías y palomas.

El padre de los panes fue olvidado,
él que cortó y anduvo, machacando
y abricado surcos, acarreado arena,
cuando todo existió ya no caía,
él daba su existencia, eso era todo.
Salió a otra parte a trabajar, y luego
se fue a morir rodando
como piedra del río:
aguas abajo lo llevó la muerte.

Yo, que lo conocí, lo vi bajando
hasta no ser sino lo que dejaba:
calles que apenas pudo conocer,
casas que nunca y nunca habitaría.

Y vuelvo a verlo, y cada día espero.

Lo veo en su estado y resurrección.

Lo distingo entre todos
los que son sus iguales
y me parece que no puede ser
que así no vamos a ninguna parte.

que suceder así no tiene gloria.

Yo creo que en el trono debe estar
este hombre, bien calzado y coronado.

Creo que los que hicieron tantas cosas
deben ser dueños de todas las cosas,
Y los que hacen el pan deben comer!

Y deben tener luz los de la mina!

Basta ya de encadenados grises!

Basta de pálidos desaparecidos!

Ni un hombre más que pase sin que vea.

Ni una sola mujer sin su diadema.

Para todas las manos guantes de oro.

Frutas de sol a todos los oscuros!

Yo conocí aquel hombre y cuando padó,
cuando ya tuvo ojos en la cara,
cuando ya tuvo la voz en la boca
lo busqué entre las tumbas, y le dije
apretándole un brazo que aún no era polvo:

"Todos se irán, tú quedarás viviente.

Tú encendiste la vida.
Tú hiciste lo que es tuyo."

Por eso nadie se molesta cuando
parece que estoy solo y no estoy solo,
no estoy con nadie y hablo para todos:
Alguien me está escuchando y no lo saben,
pero aquellos que canto y que lo saben
siguen naciendo y llenarán el mundo.

Archivo Patrimonial
VRC



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE